

Muertes masivas y catástrofes naturales: ¿tiene la culpa el diablo?

Escribe: Alberto Fernando Roldán

Las teodiceas que inventan esos teólogos desesperados son acrobacias para demostrar lo imposible. Ernesto Sabato

Los hechos conmocionantes acaecidos a fines de 2004 a escala mundial (el maremoto en Asia) y en nuestra propia Argentina (las muertes de jóvenes en la discoteca “República Cromañón”) han suscitado las más encontradas opiniones tanto periodísticas como teológicas. En lo que se refiere a esta segunda óptica, hay quienes culpan fácilmente a Dios de esas muertes y catástrofes, otros al diablo e, inclusive, tangencialmente, hay quienes culpan a la misma Iglesia. Si hay algo para lo cual la teología no tiene respuestas fáciles es precisamente cuando procura descifrar el tema del mal y el sufrimiento. No hay respuestas fáciles. Y no las hay, precisamente porque es muy difícil responder al duro cuestionamiento: “Si Dios es bueno y todopoderoso ¿por qué permite el mal?” La *teodicea* es esa sección de la teología que intenta explicar el tema, exculpando o justificando a Dios. Fue el filósofo Leibniz quien acuñó ese término que significa en su origen griego: *teo* = Dios, *dicea* (de *dike*) = justicia. En breve: argumentar mediante un discurso para justificar a Dios.

Frente a los hechos mencionados, no faltaron quienes echaron la culpa al diablo. Las argumentaciones de ese tipo giran en torno a algunos ejes centrales: a) el diablo tiene la culpa de todo porque es quien viene para matar, destruir y robar; b) Dios pareciera no tener nada que ver con estos acontecimientos y en cuanto al ser humano, su culpabilidad queda proyectada en el diablo; c) la Iglesia tiene todo el poder en sus manos para reprender al diablo a fin de que no haya más terremotos, maremotos, calamidades y muertes; d) cuando suceden esos hechos, es porque la Iglesia no está cumpliendo con su papel de reprender al diablo y de ese modo frenar la maldad, la injusticia, las muertes y las calamidades en el mundo.

Es oportuno hacer algunas críticas a ese enfoque, aclarando que se trata del debate de ideas y no de arremeter contra las personas que las expresan. Comencemos por admitir que estamos en presencia de una *teodicea* creativa e ingeniosa. Pero, ¿qué textos se apela

para sustentarla y, sobre todo, cómo se interpretan esos textos? Entre otros pasajes que se esgrimen están los conocidos relatos del Génesis, capítulos 1 y 2 donde el ser humano está colocado para señorear en la creación de Dios; la tempestad del mar de Galilea donde Jesús reprendió a los vientos y hubo una gran bonanza (Mt. 8.23-27) y Romanos 8.18ss. donde se anticipa que la creación, que hoy está sujeta a inutilidad y frustración, experimentará la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Más allá de la difícil conexión que puedan establecerse entre esos pasajes, con contextos bien diferentes uno del otro, es conveniente recordar algunas cosas básicas: Es cierto que el ser humano está puesto en el mundo por Dios para que lo gobierne, pero no es menos cierto que ya en Génesis 3 irrumpe el pecado en la creación de Dios, alterando todas aquellas condiciones primigenias de armonía, santidad, justicia y, por ende, vida. La irrupción del pecado en el mundo de Dios no es un dato menor. Por el contrario es el dato principal a tener en cuenta ya que todo el drama bíblico, desde Génesis a Apocalipsis, se desenvuelve tomando en cuenta la presencia nefasta del pecado en la vida humana y el mundo mismo. Y ello hasta el punto de que, si bien en términos no carentes de simbolismo, en Génesis 3 se habla de “espinos y cardos” que surgen como consecuencia del pecado humano y como juicio de Dios sobre el pecado. O sea, se alteran las condiciones primigenias y eso es así, sigue siendo así y lo será hasta que irrumpa el Reino de Dios en plenitud. Pero volviendo al tema de Romanos 8, es muy importante intentar una correcta interpretación de los versículos 19 a 21 donde leemos: “La creación aguarda con ansiedad la revelación de los hijos de Dios, porque fue sometida a frustración. Esto no sucedió por su propia voluntad, sino por la del que así lo dispuso. Pero queda la firme esperanza de que la creación misma ha de ser liberada de la corrupción que la esclaviza, para así alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios.” (*Nueva Versión Internacional*). Las cuestiones clave a determinar son: ¿quién es el “sometió a frustración” a la creación? y ¿cuándo ocurrirá la libertad gloriosa de los hijos de Dios? Quienes echan la culpa al diablo de todo lo que sucede en el mundo, fácilmente atribuyen al diablo ese poder de “someter a frustración” la creación de Dios. Sin embargo, a pesar de lo atractivo que podría resultar tal interpretación, casi en forma unánime los comentaristas bíblicos sostienen lo contrario. Juan Calvino, por ejemplo, dice en su comentario: “Así pues, aunque por naturaleza las criaturas obedecen, porque Dios quiso sujetarlas a la vanidad, obedecen a su mandato. Y porque les ha concedido la esperanza de una condición mejor se sostienen y

consuelan por ella.” (Calvino, *La epístola del apóstol Pablo a los Romanos*, México: Publicaciones de la Fuente, 1961, p. 212). En forma todavía más rotunda, dice el exégeta John Murray: “Ni Satanás ni el hombre podrían haberla sujetado [a la creación] *en esperanza*; sólo Dios podría haberla sujetado con tal designio.” (*The Epistle to the Romans*, Grand Rapids: Eerdmans, 1965, p. 303). Y en cuanto a cuándo ocurrirá la liberación de los hijos de Dios, obviamente por todo el contexto y por el marco general de toda la Biblia, ello apunta a lo escatológico, al futuro todavía no alcanzado cuando, a partir de la venida de Cristo seamos glorificados, portemos cuerpos de gloria y toda la creación experimente la ansiada liberación y transformación definitivas. Somos invitados a vivir en la tensión del “ya” pero “todavía no” del Reino. El tiempo de la revelación de los hijos de Dios en gloria no es el presente de la Iglesia en un mundo signado todavía por el pecado, la injusticia y la muerte. Eso es confundir la realidad. El mensaje del Nuevo Testamento es claro: somos salvados en esperanza, en medio de un mundo sujeto a esclavitud y frustración a causa del pecado. Dios sigue reinando en su mundo. Dios no ha abdicado de su trono. Dios no ha dado su poder a un diablo que hace lo que quiere en el mundo de Dios. En otras palabras: no debemos ignorar la soberanía de Dios otorgándole al diablo y a la Iglesia más poderes de los que tienen. En un caso para provocar calamidades naturales como terremotos y maremotos o muertes masivas. En otro caso, creyendo que la Iglesia con sólo reprender al diablo, evitará esas catástrofes. El mensaje es claro: por encima de todas las cosas Dios reina y en Jesucristo nos invita a vivir en la esperanza de un mundo nuevo en el cual no habrá ni llanto ni muerte ni dolor, porque las primeras cosas han pasado. En el entretanto, somos llamados a vivir en la esperanza, proclamando el Evangelio, viviendo la justicia del Reino y solidarizándonos con los que sufren, sin intentar dar respuestas fáciles a problemas cuya complejidad excede nuestras limitadas posibilidades.

El autor es doctor en teología y ensayista. Director de la revista digital Teología y Cultura en: www.teologos.com.ar

Buenos Aires, 21 de enero de 2005